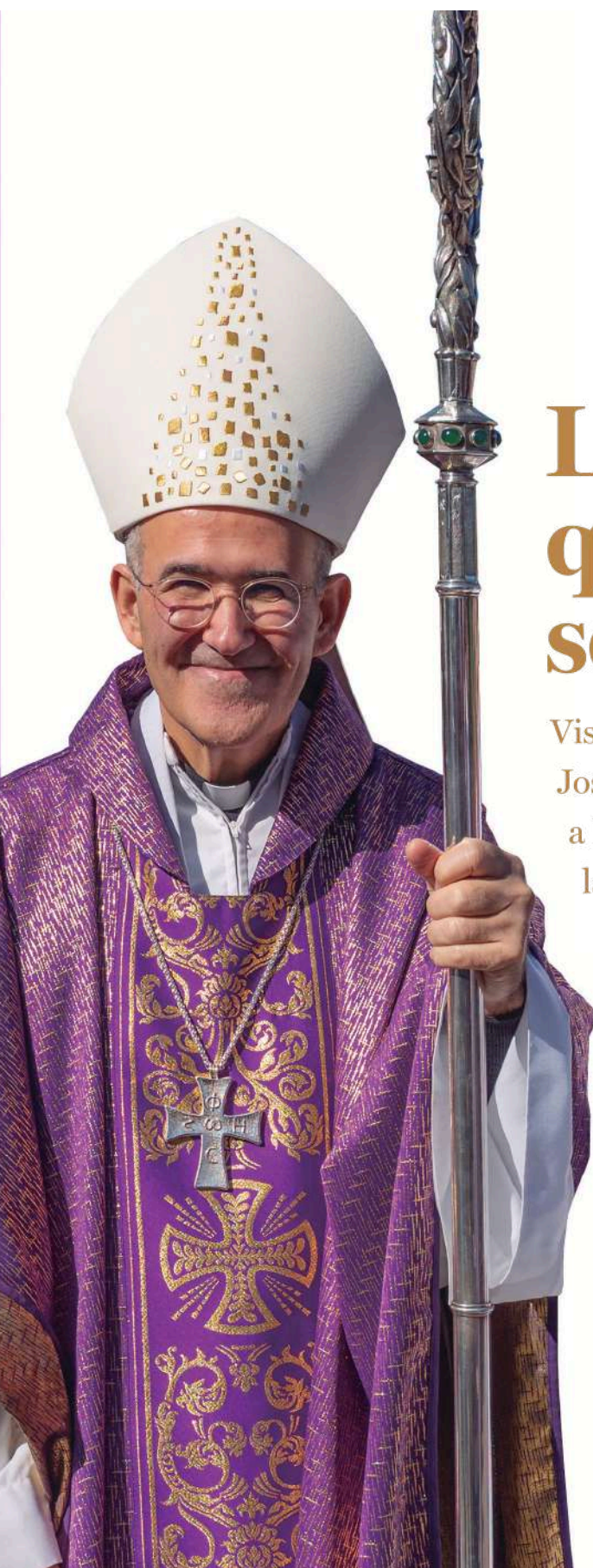




La verdad que da sentido

Visita del Cardenal

José Tolentino de Mendonça
a la Universidad Católica de
la Santísima Concepción

35 | **UCSC**
AÑOS | 1991 / 2026

La verdad que da sentido

Visita del Cardenal José Tolentino de
Mendonça a la Universidad Católica de
la Santísima Concepción

La verdad que da sentido

Visita del Cardenal José Tolentino de Mendonça a la
Universidad Católica de la Santísima Concepción

ISBN: 978-956-6481-05-8

Editorial Universidad Católica de la Santísima Concepción

Alonso de Ribera 2850.
Concepción, Chile.
ediciones@ucsc.cl
(56-41)2345022
www.ucsc.cl
ediciones.ucsc.cl

Autores:

Unidad de Identidad Católica
Dirección de Comunicaciones de la Vicerrectoría de Vinculación
con el Medio de la Universidad Católica de la Santísima
Concepción

Colaboradores:

Mons. Bernardo Álvarez Tapia
Dr. Patricio Merino Beas
Pbro. Víctor Álvarez Tapia
Alex Muñoz Hernández

Contenidos:

Sophia Luengo Cuevas

Fotografías:

Andrés Meza Lagos

Diseño:

Llanküray Risso Sepúlveda

1º Edición junio 2026

Tabla de contenidos

1.	Presentación	05
2.	Mensajes de la visita: Integridad, Identidad y Fe	06
3.	Homilía del Jueves de la V Semana de Cuaresma Universidad Católica de la Santísima Concepción. Eucaristía de inicio del año académico	28
4.	Clase Inaugural	34
5.	Galería Fotográfica	47
6.	Referencias	50

“
*La fe no es
un límite a la
razón, es una
ventana que
se abre y ofrece
un horizonte
de sentido.*
”

Presentación

Estimada Comunidad UCSC

Ponemos en sus manos este libro conmemorativo que recoge la visita de S.E. Cardenal José Tolentino de Mendonça, Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación, realizada en el marco de la Clase Inaugural del presente año académico. La publicación busca ser memoria viva de un acontecimiento que, en el contexto de los 35 años de nuestra Universidad, nos invita a reflexionar sobre nuestra identidad y misión.

La presencia del Cardenal constituye un signo de comunión con la Iglesia Universal, su mensaje, pronunciado en la clase inaugural titulada “La vocación de la Universidad Católica en una cultura en cambio”, nos recordó que la Universidad es espacio de convivencia, diálogo y esperanza, y que su Identidad Católica no es un título nominal, sino una misión viva que abarca a toda la persona, integrando fe, ciencia y servicio al bien común.

Este libro recoge la riqueza de sus palabras y el espíritu de su visita, inspirándonos a abrir puertas, mentes y corazones. Queremos que esta obra sea memoria agradecida y fuente de inspiración para seguir proyectando el compromiso de la UCSC con la formación integral y la evangelización de la cultura, en fidelidad a su vocación y en diálogo fecundo con la sociedad.

Mensajes de la visita: Integridad, Identidad y Fe

En la Eucaristía realizada a primeras horas de la mañana del 26 de marzo en la Capilla Santa María Reina del Campus San Andrés de la UCSC, el Cardenal propuso una reflexión que interpela directamente al mundo universitario: la tensión entre una verdad limitada a lo medible y una verdad que trasciende el tiempo.





“

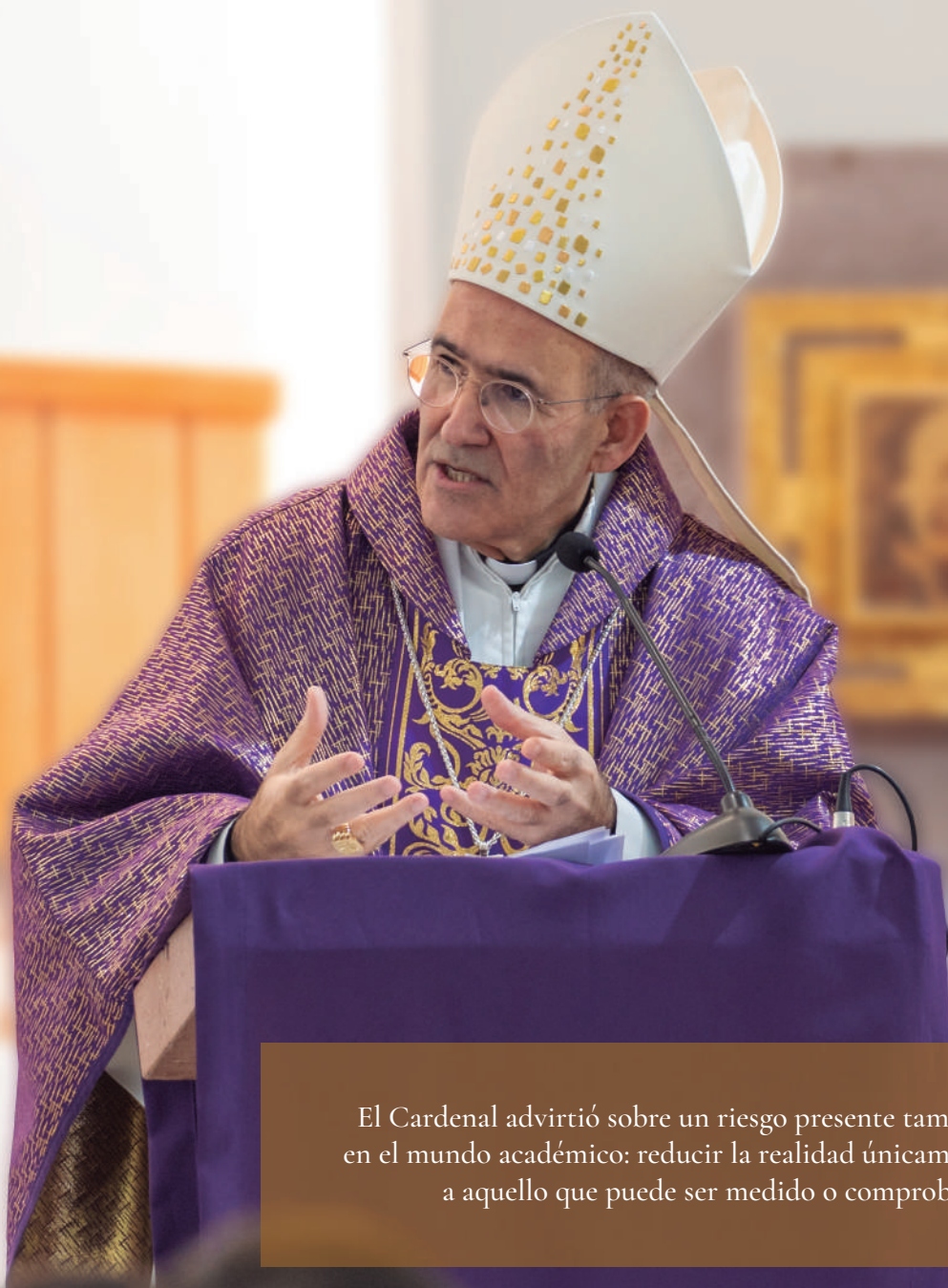
El que es fiel a mi palabra,
no morirá jamás.

No se trata de la muerte
biológica, sino del vacío de
vivir sin propósito.

Ser fiel a su palabra no es
solo aprenderla, es hacerla
vida.

Cuando el Evangelio guía
nuestras decisiones, el
miedo se disipa, porque
comenzamos a vivir desde
ahora en la eternidad.

”



El Cardenal advirtió sobre un riesgo presente también
en el mundo académico: reducir la realidad únicamente
a aquello que puede ser medido o comprobado.



“

No podemos caer
en la tentación del
reduccionismo.

Creer que solo lo
cuantificable es
verdadero limita
nuestra comprensión
del mundo.

La razón es un camino
hacia la verdad, sí,
pero la fe es la luz que
permite ver el horizonte
completo.

Sin la fe, la razón no
alcanza la verdad plena.

”

• LA VERDAD QUE DA SENTIDO •

• INTEGRIDAD •

Inspirado en Abraham, el mensaje se trasladó a la vida universitaria como un llamado a la coherencia entre conocimiento y vida.

“

En la Universidad, la
integridad ha de ser
nuestra mayor alianza.

Nuestra búsqueda de
conocimiento no puede
separarse de nuestra
calidad humana.

El servicio no es un
complemento de la
formación, es su esencia.

Cuando el conocimiento
se convierte en servicio, la
teoría se vuelve vida.

”

Clase Inaugural “La vocación de la Universidad Católica en una cultura en cambio”

En su Clase Inaugural, el Cardenal reflexionó sobre el rol de la Universidad en una cultura en transformación, destacando el valor del diálogo y la comunidad.





Escanea el código QR para ver Clase Inaugural





“ Una Universidad no es
una industria anónima.
Es una paciente
artesanía de relaciones.
No es un sistema que
produce resultados,
es un espacio donde
las personas se
encuentran, se escuchan
y construyen juntas el
conocimiento. ”

En su discurso, Su Eminencia, planteó que la Universidad Católica está llamada a ser un espacio donde fe, cultura y vida se integren, evitando el aislamiento frente a los cambios del mundo.

“

El gran riesgo es el estancamiento.

Convertirse en instituciones que se preservan a sí mismas en lugar de abrirse a la innovación.

La Universidad debe ser un laboratorio para el futuro, capaz de responder a las preguntas de su tiempo sin perder su esencia.

”



Monseñor Sergio Pérez de Arce Arriagada, Arzobispo de la Arquidiócesis de Concepción y Gran Canciller UCSC, junto a la Prorectora, Dra. Ana Narváez Dinamarca, entregaron un recuerdo corporativo.



“

Al bendecir y
reinaugurar esta
Cruz, veneramos
el designio eterno
de Dios, según el
cual el misterio
de la Cruz se ha
convertido en
el signo de la
misericordia divina.

La bendición y reinauguración de la Cruz Papal, originalmente erigida con motivo de la visita del Papa San Juan Pablo II a Concepción en 1987, se proyecta como un signo visible de lo vivido: una fe que no permanece al margen, sino que acompaña y orienta la vida universitaria.

Cada vez que
la miremos,
recordemos que
en ella culmina
el misterio del
amor con el que
Cristo amó a su
Iglesia, y que
somos discípulos
llamados a cargar
día a día nuestra
propia cruz.

”



Escanea el código QR
para ver la entrevista

“

Cada Universidad tiene
su voz, su identidad, su
modo de servir.

Y me impresionó
profundamente saber
que casi el 70% de los
estudiantes son de
primera generación
universitaria.

Eso habla de una
Universidad que
transforma la sociedad,
que crea oportunidades y
construye una comunidad
más justa e inclusiva.

”

En entrevista, el Cardenal destacó el rol de la UCSC
dentro del sistema de educación católica a nivel mundial.

• IDENTIDAD •

Durante su visita, el Cardenal volvió sobre una idea: la identidad no como algo inmóvil o cerrado, sino como una fuente viva desde la cual responder a los desafíos del presente.

“

La Identidad Católica no es
un obstáculo, es un recurso.

Precisamente porque
somos fieles a nuestra
identidad, estamos
llamados a abrirnos a
nuevas respuestas, a
nuevos modelos, a nuevos
paradigmas.

La alianza entre identidad
e innovación es el camino
para este tiempo.

”

“

No necesitamos
tecnofobias fáciles.

No podemos rechazar
la tecnología.

Necesitamos
humanizarla, colocar
a la persona en el
centro y hacer de
estos medios una
herramienta al
servicio del desarrollo
humano.

”

**Homilía del Jueves de la V Semana de Cuaresma
Universidad Católica de la Santísima Concepción
Eucaristía de inicio del año académico**

Capilla Santa María Reina,
Campus San Andrés, 26 de marzo de 2026

Evangelio

Abraham, el padre de ustedes, se alegró pensando ver mi día

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 8, 51-59

Jesús dijo a los judíos: “Les aseguro que el que es fiel a mi palabra no morirá jamás”. Los judíos le dijeron: “Ahora sí estamos seguros de que estás endemoniado.

Abraham murió, los profetas también, y Tú dices: ‘El que es fiel a mi palabra no morirá jamás’. ¿Acaso eres más grande que nuestro padre Abraham, el cual murió? Los profetas también murieron. ¿Quién pretendes ser Tú?”

Jesús respondió: “Si Yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. Es mi Padre el que me glorifica, el mismo al que ustedes llaman “nuestro Dios”, y al que, sin embargo, no conocen. Yo lo conozco y si dijera: “No lo conozco”, sería, como ustedes, un mentiroso.

Pero Yo lo conozco y soy fiel a su palabra. Abraham, el padre de ustedes, se estremeció de gozo, esperando ver mi Día: lo vio y se llenó de alegría”.

Los judíos le dijeron: “Todavía no tienes cincuenta años ¿y has visto a Abraham?” Jesús respondió: “Les aseguro que desde antes que naciera Abraham, Yo Soy”.

Entonces tomaron piedras para apedrearlo, pero Jesús se escondió y salió del Templo.

Palabra del Señor

“La Verdad que trasciende el tiempo: de la lógica a la Revelación”

Queridos profesores y alumnos, nos encontramos hoy ante uno de los diálogos más tensos y fascinantes del Evangelio de san Juan. Vemos a Jesús en un debate intelectual y espiritual con los líderes de su tiempo. En el contexto universitario estamos acostumbrados a los debates, al análisis de datos y a la búsqueda de la verdad histórica. Aquí, Jesús se enfrenta a

una audiencia que, al igual que muchos de nuestros ambientes académicos, intenta encerrar la realidad solo dentro de los límites de lo que puede entender humanamente o medir cronológicamente.

Jesús comienza con una promesa audaz: “El que es fiel a mi palabra, no morirá jamás” (Jn 8,51). No se refiere a la muerte biológica, sino a la muerte del alma, al vacío de vivir sin propósito o alejados de Dios. “El que es fiel a mi palabra, no morirá jamás” ¿Qué significa esto? Ser fiel a su palabra no es solo aprenderla, es hacerla vida. Cuando permitimos que el Evangelio guíe nuestras decisiones, el miedo se disipa, porque ya estamos viviendo desde ahora en la eternidad. Como comunidad universitaria, ser fieles o guardar su palabra no significa memorizar un esquema, sino permitir que el mensaje de Cristo sea el criterio para juzgar la realidad, encontrando un sentido que la muerte no puede destruir. Es un llamado a que nuestra búsqueda científica o académica no sea solo una acumulación de datos, sino un camino hacia Jesús, el único que puede hacer que no veamos la muerte para siempre. Guardar su palabra significa, en definitiva, vivir según sus enseñanzas de amor y de verdad, lo cual garantiza la vida eterna. En el rezo de su primer *Ángelus* en Castel Gandolfo, el Papa León afirmó: «Para vivir la vida eterna no hace falta engañar a la muerte, sino servir la vida, es decir, cuidar la existencia de los demás en el tiempo que compartimos con ellos. Esta es la ley suprema, que está por encima de toda norma social y le da sentido”.

Sin embargo, los oyentes de Jesús atrapados en un materialismo

responden a esa promesa del Señor con una lógica puramente humana. Impecable, sí, pero, al fin y al cabo, solo humana. Ellos apelan a la genealogía y a la historia. El diálogo de Jesús con los judíos representa el choque entre dos formas de entender la realidad. Sus interlocutores están atrapados en una lógica empírica: “Abraham murió, los profetas también murieron... ¿quién te crees que eres tú?” (cf. Jn 8,52-53). Esta pregunta resuena también en nuestras aulas: ¿Es acaso posible que exista una verdad que no dependa solo de los datos del pasado? Jesús responde a esta interrogante con una afirmación que rompe los esquemas temporales: “Antes de que Abraham existiera, Yo Soy” (Jn 8,58). Como universitarios no podemos caer en la tentación del reduccionismo. Creer que solo lo cuantificable o lo históricamente comprobable es real, verdadero. Sin embargo, Jesús nos invita a una apertura de horizonte. Nos invita a tener una dimensión de “verdad” más trascendental, eterna, que no caduca con el tiempo. La razón es un camino hacia la verdad, sí, pero la fe es la luz que permite ver el horizonte completo. Sin ella –sin la fe– la razón no alcanzará jamás la verdad plena. “La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad” lo afirma la Encíclica *Fides et ratio*. Y así, también, lo decía el Doctor de la Iglesia, san John Henry Newman: “La cuestión de la relación entre fe y razón no es un capítulo opcional: la verdad religiosa no es solo una parte, sino una condición del conocimiento general”.

Los oyentes de Jesús apelan, pues, a la historia, a Abraham. Están anclados en el pasado, en una herencia genética –científica– y religiosa que les da seguridad, pero que les impide

ver la novedad de Dios frente a sus ojos. A veces nosotros hacemos lo mismo: nos refugiamos en el “siempre se ha hecho así” y cerramos el corazón a lo que el Espíritu nos pide hoy. Jesús nos invita a una fe dinámica, no a una fe de museo. Y, en este sentido, en cuanto a nuestras prácticas educativas y a nuestros métodos de enseñanza se refiere, es también un apelación a la identidad, fidelidad y relanzamiento. “No basta con conservar: –dice el Papa León– es necesario relanzar. Pido a todas las realidades educativas que inauguren una etapa que hable al corazón de las nuevas generaciones”. (Diseñar nuevos mapas de esperanza, n. 10.2)

A Abram, un hombre de noventa y nueve años, Dios le propuso algo que desafiaba la lógica humana y la misma biología: “Serás padre de una multitud de naciones” (Gn 17,1). Y, no obstante eso, Abram aceptó el reto y la promesa se cumplió. Aquí nace una nueva identidad, fruto de una nueva misión: de Abram a Abraham. Para ustedes, estudiantes y docentes, este texto es un llamado a la fecundidad intelectual y vital, desafiando muchas veces la misma lógica humana. Y es que Dios no le pidió a Abraham algo imposible, pero sí le pidió que “caminara en su presencia y fuera irreprochable” (cf. Gn 17,1), es decir, íntegro. En la Universidad, la integridad ha de ser nuestra mayor alianza: nuestra búsqueda de conocimiento no puede estar separada de nuestra calidad humana, de patrones éticos y cristianos. La promesa de Dios se cumple cuando nuestra vida se convierte en un servicio a los demás. El servicio no es un complemento, un apéndice de la formación, sino su esencia misma. “La educación –dice el Papa León– no mide su valor solo en función de la eficiencia: lo mide en

función de la dignidad, la justicia y la capacidad de servir al bien común” (Diseñar nuevos mapas de esperanza, n. 4.2). De modo que, en el acto de servir, el conocimiento se convierte en sabiduría, la teoría se traduce en vida y la Universidad se transforma en una auténtica comunidad de aprendizaje y solidaridad.

Retornando al texto evangélico, el clímax de la confrontación entre Jesús y sus interlocutores llega con la declaración ontológica: “Yo Soy”. Jesús no dice: “Yo era” o “Yo existía”, sino que usa el presente eterno. En otras palabras, se está identificando con el nombre divino revelado a Moisés en la zarza ardiente y, al hacerlo, está afirmando ser el fundamento mismo de la existencia. Esta afirmación de Jesús es la respuesta al escepticismo radical. Ante la pregunta irónica: “Todavía no tienes cincuenta años ¿y has visto a Abraham?” (Jn 8,57), Jesús responde que Él es la razón de ser de Abraham. Y Abraham se alegró no por haber visto un dato histórico, sino por percibir la presencia de Dios, es decir, la Vida misma (cf. Jn 8,56). Esta es, pues, la frase central, la afirmación más importante. Él es el eterno presente. No es alguien que “ha venido después”, sino el origen mismo de todo ser. Aquí está el núcleo de nuestra fe: Jesús no es solo un personaje histórico o un gran filósofo moral. Él es la Verdad preexistente. Al afirmar así su divinidad: “Yo Soy”, Jesús nos invita a fundamentar nuestra ciencia y nuestra vida no en modas ni ideologías pasajeras, sino en Él, que es la Verdad permanente. En cada disciplina buscamos verdades fragmentadas; hoy y siempre se nos ofrece la Verdad que unifica la vida. La fe se presenta como el fundamento de la cultura y de la dignidad humana en el

camino de la historia: “Esta compenetración de la ciudad terrena y de la ciudad eterna sólo puede percibirse por la fe” (GS n. 40).

Hermanos, hoy la invitación de Jesús es a “guardar su palabra”. Guardarla que no significa archivarla, como si fuera un cúmulo de información o memorizarla como si fueran solo útiles conceptos, sino tratar de generarla con la vida. Abraham creyó contra toda esperanza, fue fiel, actuó y se le dio un futuro. Jesús se presenta como el origen de esa esperanza: “El que es fiel a mi palabra, no morirá para siempre”. Queridos alumnos, no tengan miedo de cuestionar, de debatir, de buscar la verdad, pero háganlo con fe, con humildad. La fe no anula su inteligencia, la ensancha. La fe no contradice su historia, la llena de plenitud. Y ustedes, queridos profesores, su labor es reflejo de la Alianza. Iluminar inteligencias, en esencia, ayudar a otros a que descubran ese “Yo Soy”, que fundamente el ser, ofrece sentido y sustenta toda realidad y belleza.

En fin, “guardar la palabra” de Jesús es integrar la fe y la razón, que acontece transversalmente en una Universidad Católica y con el auxilio de la pastoral universitaria y de la reflexión teológica. Es entender que nuestra sed de saber es, en el fondo, sed de inmortalidad. Que por nuestra participación en esta Eucaristía, Dios nos conceda la fe y la audacia de Abraham para caminar hacia lo desconocido y el reconocimiento de Jesús, la Verdad plena, para descubrir que, en medio de nuestros libros, laboratorios y aulas, la Vida Eterna ya ha comenzado para aquel que, con integridad y fidelidad, guarda su palabra.

¡Que así sea!

“La vocación de la Universidad Católica en una cultura de cambio”

Clase Inaugural

Excelentísimo Mons. Sergio Pérez de Arce, SS.CC.,
Arzobispo de Concepción y Gran Canciller de esta ilustre
Universidad; Rector Magnífico Dr. Cristhian Mellado Cid;
Excelencias Reverendísimas; distinguidas autoridades civiles;
estimados profesores y personal administrativo; muy queridos
estudiantes; amigos todos.

Es con sentimientos de profunda gratitud que tomo la
palabra ante esta distinguida asamblea, en el marco de un
acontecimiento siempre importante y especial para la vida
de una Universidad: la inauguración de un Año Académico.
Gracias de corazón a todas las personas que han hecho posible
mi presencia hoy, aquí, entre ustedes. Que mis palabras sirvan
de aliciente en el esfuerzo por conseguir, cada día más, el
ideario que anima a esta Institución: una Universidad que

desde su Identidad Católica y la comprensión de los desafíos del mundo contemporáneo forma personas integrales, genera conocimiento e innova, con un alto compromiso con la calidad, su comunidad y el medio ambiente, contribuyendo al desarrollo y bienestar de la sociedad.

Introducción

Concepción lleva en su historia la memoria de Chile como territorio de encuentros históricos y de diálogos necesarios. Esta ciudad, que fue durante siglos frontera viva entre mundos distintos, sabe algo que las ciudades más cómodas olvidan con facilidad: que la convivencia no se hereda, sino que debe construirse con voluntad, apertura, esperanza y confianza. Una Universidad –y a mayor razón la Universidad Católica que habita este suelo– no se limita a transmitir saberes; esto sería vivir al margen de la realidad. Más bien, la Universidad es ella misma un espacio donde la construcción de la tan anhelada convivencia continúe, el diálogo se profundice y forme parte del método mismo de cada disciplina.

1. Una mirada a la realidad: el diálogo imprescindible

La Universidad constituye un espacio propicio para la singularidad, en donde cada individuo encuentra condiciones favorables para desarrollar su propia humanidad, convirtiéndose en protagonista de su historia, pero, al mismo

tiempo, no dejando de ser desafiado por la Universidad a alargar su horizonte, pues el espacio académico se construye como una trama humana ordinaria, persistente y polifónica. Juntos coreografiamos un bien que no es solamente personal, sino también común. En una Universidad no estamos solos. Nos descubrimos más humanos mirándonos a los ojos, los unos de los otros, “libremente unidos en el mismo amor al conocimiento”, como lo recuerda el *incipit* de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, creyentes en el valor de las prácticas colaborativas que, en cada generación, deben ser descubiertas y propuestas. La Universidad es así, un espacio de lo humano, cercano, inter-colaborativo e integral. Como escribe San John Henry Newman, en “La idea de Universidad”, una Universidad es “un *alma mater*, que conoce a sus hijos uno por uno, no una fundición (...) o un molino”[1]. Hoy diríamos: una Universidad no es una industria anónima. Es, sí, una paciente artesanía de relaciones. En efecto, “la Universidad y la escuela católica –señala el Papa León– son lugares donde (...) el corazón dialoga con el corazón, y el método es el de la escucha que reconoce al otro como un bien, no como una amenaza”[2].

El diálogo, que en una comunidad académica no puede faltar, se ha de realizar *ad intra* y *ad extra*. *Ad intra*, la Universidad ha de ser un *corpus*, es decir, ha de empeñarse a conjugar, en modo coordinado y armonioso, sus diferentes miembros y componentes. Nuestras universidades se piensan como comunidades, empezando por las personas y continuando, con audacia y valentía, en los programas de estudio. Colocamos a las personas y a las diversas disciplinas a la escucha mutua,

de modo que se complementen y se enriquezcan en la circularidad. Los diversos departamentos en una Universidad no son repúblicas independientes, sino tejedores de un diálogo científico que, respetando la metodología y la especificidad de cada disciplina, conformen una verdadera sociedad del conocimiento. *Ad extra*, en cambio, la Universidad entabla un diálogo con su entorno, su contexto eclesial, social y cultural. La Universidad Católica de la Santísima Concepción ha elegido que su Identidad Católica dé cuenta precisamente de ello; ha hecho del diálogo y la convivencia el marco hermenéutico a partir del cual, se comprende lo que significa creer, conocer, enseñar, investigar y servir. No se trata, pues, de un rasgo puramente nominal ni de un patrimonio histórico que administrar. Se trata de “abarcар a toda la persona: espiritual, intelectual, afectiva, social, corporal. Y no oponer lo manual y lo teórico, la ciencia y el humanismo, la técnica y la conciencia”[3]. Pues, cuando la fe no es relegada al margen del trabajo académico, sino que, más bien, atraviesa toda la comprensión de la persona humana, la ciencia y el bien común, la Universidad cumple, entonces, su misión y se vuelve un actor indispensable. Decía el Papa San Juan Pablo II: “Solamente así servirá a la causa del hombre, si el saber está unido a la conciencia”[4]. Y solamente así –lo decimos nosotros– la Universidad Católica se erige como el lugar en donde la Iglesia, la academia y la sociedad se encuentran, se escuchan y se interpelan con libertad. No convertirse en una isla irrelevante en medio del océano de la indiferencia, depende mucho del compromiso concreto que la Universidad hace con los desafíos y las implicaciones que su contexto

particular le presenta. Una Universidad califica su entorno y así se califica a sí misma. La llamada tercera misión de la Universidad, que pone en práctica la restitución cultural y de valores, no es facultativa, sino que es tan decisiva como las dos primeras, la docencia y la investigación.

2. La investigación como laboratorio para el futuro

La vocación al diálogo con la realidad de la que hemos hablado, se aplica también, de modo particular al campo de la investigación. El conocimiento, cuando se confronta con la realidad y se deja interpelar por las preguntas de su tiempo y su geografía, eleva su calidad y se convierte en un bien precioso e inestimable por su cualidad de respuesta con relación al futuro.

Resulta, pues, necesario preguntarnos en cada generación qué hacen nuestras universidades para responder a las grandes interrogantes humanas y a la emergencia que vivimos. Una amenaza hodierna para las universidades en general es el estancamiento. Hoy se habla mucho del peligro de la obsolescencia. Convertirse en corporaciones pesadas y defensivas con respecto a la evaluación y la crítica, instituciones que operan con un atraso histórico en relación con los debates de la época más decisivos. En otras palabras, convertirse más en lugares de auto preservación, que, de innovación, de investigación. Y, sin embargo, la misión de la Universidad, y más de la Universidad Católica, es también ser

un laboratorio para el futuro. Es fundamental ser una buena Universidad, competir y obtener buenas calificaciones por parte de las agencias de evaluación y tener conciencia que, como lo recuerda el Papa León, la educación mide su valor “en función de la dignidad, la justicia y la capacidad de servir al bien común. Esta visión antropológica integral debe seguir siendo el eje central de la pedagogía católica”[5].

Y para esto, la investigación desempeña un papel esencial, ya que no solo fortalece el conocimiento académico, sino que también fomenta habilidades críticas, analíticas y creativas. Ella permite que los estudiantes se conviertan en protagonistas activos de su aprendizaje. A través de la exploración de problemas reales, la recopilación y análisis de datos, y la elaboración de conclusiones fundamentadas, los universitarios desarrollan competencias que serán clave en su desempeño profesional. Por tanto, la educación superior debe ir más allá de la simple transmisión de contenidos, incorporando procesos de investigación como eje fundamental del aprendizaje. “El objetivo –dice el Papa León– es aprender a afrontar los problemas, que siempre son diferentes, porque cada generación es nueva, con nuevos retos, nuevos sueños, nuevas preguntas”[6].

3. La Universidad Católica: comunidad de discípulos en una cultura en cambio

Una Universidad es concebida como una comunidad académica. Nuestros documentos magisteriales han

reafirmado, del mismo modo, esta concepción. Basta leer con detenimiento los innumerables escritos de los Pontífices para corroborar que el binomio comunidad-academia, está íntimamente ligado a la naturaleza de la Universidad. Sin embargo, una Universidad Católica es también una comunidad de discípulos. De hecho, la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae* define a los docentes de una Universidad como aquellos que “están llamados a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana”[7]. Nuestros profesores son considerados discípulos, al igual que los estudiantes, quienes, según la mencionada Constitución, han de ser “líderes calificados y testigos de Cristo en los lugares que deberán desarrollar su labor”[8].

En este sentido me pregunto: ¿Cómo conjugar hoy ciencia académica y fe personal? Una pregunta semejante, según lo recuerda San Juan Pablo II en la encíclica *Fides et ratio*, se la hizo también un Padre de la Iglesia y de la teología latina: Tertuliano. Él, en su obra *De praescriptione haereticorum*, se preguntaba: “¿Qué tienen en común Atenas y Jerusalén? ¿La Academia y la Iglesia?”. La respuesta que nos ofrece el Pontífice en su documento nos da luces para las cuestiones que nos hemos planteado. En efecto, el Papa San Juan Pablo afirma que ellos [los pensadores cristianos], ante la diatriba entre la filosofía y la fe, no pueden ser considerados “pensadores ingenuos. [Sino que], precisamente porque vivían con intensidad el contenido de la fe, sabían llegar a las formas más profundas de la especulación. Por consiguiente,

es injusto y reductivo limitar su obra a la sola transposición de las verdades de la fe en categorías filosóficas. Hicieron mucho más. Fueron capaces de sacar a la luz plenamente lo que todavía permanecía implícito y propedéutico en el pensamiento de los grandes filósofos antiguos”[9].

Por ende, nuestros profesores y nuestros estudiantes universitarios están permanentemente invitados por la Iglesia, a poner en diálogo la ciencia que enseñan y que aprenden, con la fe que profesan y que los hace formar parte de una comunidad. Decía el Papa Francisco: “ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús, y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino”[10]. El Papa León, por su parte, afirma: “La escuela católica es un ambiente en el que se entrelazan la fe, la cultura y la vida. No es simplemente una institución, sino un ambiente vivo en el que la visión cristiana impregna cada disciplina y cada interacción”[11]. Y también pienso en las palabras de su gran poetisa y educadora Gabriela Mistral, ella decía: “Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en el salón de clases. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra... Maestro, sé fervoroso. Para encender lámparas basta llevar fuego en el corazón”.

En resumen, concebir la Universidad Católica como una comunidad de discípulos conlleva una doble tarea. Por una parte, la reivindicación de la razón en todas sus expresiones y, por otra, la manifestación de la fe cristiana en lo que se transmite y enseña.

4. Las constelaciones educativas como “mapas de esperanza”

Llegados a este momento y a propósito de la esperanza, me gustaría subrayar que ella no es solo una virtud singular, sino que debe convertirse en una característica de nuestras comunidades educativas. El Papa León nos exhorta a que nuestras escuelas y universidades sean verdaderos “mapas de esperanza”. ¿Qué significa esto? Significa que la propia institución, en su forma de gobernarse, de gestionar los recursos, de tratar al personal, de acoger a los estudiantes, de celebrar y practicar la fe, debe encarnar los valores que proclama. Dice el Santo Padre: “Compartir el conocimiento no basta para enseñar, se necesita amor. Sólo así el conocimiento será provechoso para quien lo recibe, en sí mismo y, sobre todo, por la caridad que comunica. La enseñanza nunca puede separarse del amor”[12].

Una Universidad que genera esperanza es, entre otras cosas, una Universidad que practica la inclusión, que combate las desigualdades en su seno, que valora y premia el mérito, pero también apoya a quienes tienen dificultades, sean estas materiales o espirituales. Es una Universidad que se convierte en un ágora de encuentro, de reunión y discusión, donde “la verdad se busca juntos y donde se entiende que la libertad no es capricho, sino respuesta; que la autoridad no es dominio, sino servicio”[13]; y que la educación no es una nota al pie de página de la sociedad, sino motor de futuro, el “nuevo nombre de la paz”. Las guerras nacen en la mente de los

hombres, y es allí, en la educación, donde se construyen las defensas de la paz. Y las universidades deben comprometerse a educar recordando que “la paz no es ausencia de conflicto: es fuerza suave que rechaza la violencia. Una educación para la paz “desarmada y desarmante” enseña a deponer las armas de la palabra agresiva y de la mirada que juzga, para aprender el lenguaje de la misericordia y de la justicia reconciliada”[14].

5. Una triple invitación: abrir las puertas, las mentes, los corazones

Amigos todos, antes de concluir con mi alocución, quisiera proponerles una última reflexión. Según tengo noticias, la Universidad Católica de la Santísima Concepción atraviesa un tiempo de reflexión para la elaboración del nuevo Plan de Desarrollo Estratégico. Ante esta coyuntura, inspirado en la Carta Apostólica del Papa León sobre la educación “Diseñar nuevos mapas de esperanza”, permítanme hacerles con humildad, un triple llamado que a manera de discernimiento, les pueda servir de ayuda en la labor de planeación que tendrán que realizar: ¡Abramos las puertas! ¡Abramos las mentes! ¡Abramos el corazón!

Abrir las puertas. La metáfora de las “constelaciones educativas” del Papa León nos invita a profundizar la construcción común. Como nos enseña la Carta, “cada estrella tiene su propio brillo, pero todas juntas trazan una ruta”[15]. Esto significa pasar a la complementariedad activa: reconocer el mejor impulso para el diálogo creativo, y que

nuestra fuerza más profética es, precisamente, la unidad. Abrir las puertas implica crear redes de investigación y docencia que trasciendan fronteras institucionales e incluso nacionales, compartir recursos, saberes y experiencias pedagógicas. Abrir las puertas es recordar que “la verdad se busca en comunidad”[16] y que “la unidad es nuestra fuerza más profética”[17]. Este modelo de colaboración es el reflejo de una eclesiología sinodal en el corazón de la Universidad: un cuerpo vivo en el que cada miembro aporta, desde su propio carisma, al servicio de una misión común.

Abrir las mentes. Esto significa enfrentar la fragmentación no solo como un problema metodológico, sino también –y con mayor urgencia– como un problema antropológico. El desafío que tenemos por delante es re-tejer aquello que el tiempo y la ciencia con una metodología moderna han fragmentado mediante una interdisciplinariedad ejercida con sabiduría y creatividad. Se trata de descubrir la unidad desde dentro, reconociendo que “no hay que separar el deseo y el corazón del conocimiento, [pues esto] significaría romper a la persona”[18]. Abrir las mentes también exige repensar la excelencia académica. Para esto, les invito a comprender la misión académica como la búsqueda comunitaria de la verdad, dejando de lado cualquier forma de individualismo. La antropología cristiana no puede ser una reflexión opcional, relegada exclusivamente a los teólogos. Debe ser, más bien, una responsabilidad compartida por toda la comunidad universitaria, pues, desde quien enseña las ciencias básicas, pasando por los filósofos, hasta quien investiga genética o biología molecular, todos participamos en la reflexión sobre

qué significa ser humano, porque como lo afirma san John Henry Newman: “la verdad religiosa no es sólo una parte, sino una condición del conocimiento general”.

Abrir los corazones. Significa volver al criterio fundante, esto es: poner en el centro de la Universidad Católica a las personas. La persona, como sabemos, no es “un perfil de competencias” reducible a un algoritmo predecible, sino “un rostro, una historia, una vocación” creada a imagen de Dios[19]. Una cosa es cierta: “la gratuidad evangélica no es retórica: es un estilo de relación, un método y un objetivo”[20], que debe estar al centro de toda opción académica institucional.

Conclusión

En este gran viaje no estamos solos. Con nosotros está presente María, nuestra madre. Ella, que, al concebir y dar a luz al Verbo de Dios, inauguró una nueva era para el género humano y abrió al mundo la posibilidad de alcanzar la Verdad plena, nos guíe y acompañe siempre por el camino del bien, de la belleza y la verdad.

¡Muchas gracias!

Galería Fotográfica



Arzobispo de Concepción y Gran Canciller de la UCSC, Monseñor Sergio Pérez de Arce; Rector de la UCSC, Dr. Cristhian Mellado; Subsecretaria de Educación Superior, Fernanda Valdés; Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación del Vaticano, Cardenal José Tolentino de Mendonça; Prorectora de la UCSC, Dra. Ana Narváez; y Obispo Auxiliar de Concepción y Vice Gran Canciller de la UCSC, Monseñor Bernardo Álvarez.



Secretario adjunto del Dicasterio para la Cultura y la Educación del Vaticano, Pbro. Benjamín Aguirre; Vicerrectora Académica, Dra. Lorena Gerli; Obispo Auxiliar de Concepción, Monseñor Oscar García; y Obispo de la Diócesis de Santa María de los Ángeles, Monseñor Cristián Castro.



Vicerrector de Vinculación con el Medio de la UCSC, Andrés Varela; Director de Pastoral UCSC, Pbro. Víctor Álvarez; Obispo de Chillán, Monseñor Andrés Ferrada; y Vicerrector de Administración y Finanzas de la UCSC, Carlos Sobarzo.



Comandante Claudio Parra; Mayor Francisca Pantoja; y senador de la República, Gastón Saavedra.



Profesores titulares UCSC: Dra. María Cristina Yéber; Dr. Héctor Valdés; Dra. Mónica Tapia; Dra. Beatriz Arancibia.



Presidenta del Sindicato de Trabajadores y Trabajadoras UCSC, Cecilia Gutiérrez; Representativa de los Administrativos ante el Honorable Consejo Superior UCSC, Carolina Baier; y Director de Pastoral UCSC, Pbro. Víctor Álvarez.



Representativa de los Académicos ante el Honorable Consejo Superior UCSC, Verónica Silva;
Representativo de los Académicos ante el Honorable Consejo Superior UCSC, Pablo Uribe;
Presidenta de la Federación de Estudiantes UCSC, Catalina Carrasco.



Decana de la Facultad de Ciencias UCSC, Dra. Florence Tellier; Decano de la Facultad de
Ciencias Económicas y Administrativas UCSC, Dr. Orlando Llanos; Secretaria General de la
UCSC, María Piedad Rossi; y Decano de la Facultad de Estudios Teológicos y Filosofía UCSC,
Dr. Patricio Merino

Referencias

- [1] John Henry Newman, *L'idea di Università* (Roma, Edizioni Studium, 2005), 140.
- [2] León XIV, Carta Apostólica Diseñar nuevos mapas de esperanza, 27 de octubre de 2025, n. 3.1.
- [3] Ibid, n. 4.2.
- [4] Juan Pablo II, Discurso a la Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura – UNESCO, n. 22; Cf. *Redemptor hominis*, n. 16; Cf. Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias, 1979, n. 4.
- [5] León XIV, Carta Apostólica Diseñar nuevos mapas de esperanza, 27 de octubre de 2025, n. 4.2.
- [6] León XIV, Carta Apostólica Diseñar nuevos mapas de esperanza, 27 de octubre de 2025, n. 4.3.
- [7] Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, n. 22.
- [8] Ibid, n. 23.
- [9] Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Fides et ratio*, n. 41.
- [10] Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 127.
- [11] León XIV, Carta Apostólica Diseñar nuevos mapas de esperanza, 27 de octubre de 2025, n. 5.2.
- [12] León XIV, Discurso a los Educadores con motivo del Jubileo del Mundo Educativo, Plaza de San Pedro, 31 de octubre de 2025.
- [13] Cf. León XIV, Carta Apostólica Diseñar nuevos mapas de esperanza, 27 de octubre de 2025, n. 4.3.

[14] León XIV, Carta Apostólica Diseñar nuevos mapas de esperanza, 27 de octubre de 2025, n. 7.3.

[15] León XIV, Carta Apostólica Diseñar nuevos mapas de esperanza, 27 de octubre de 2025, n. 7.3.

[16] Ibid, n. 3.2.

[17] Ibid, n. 8.1.

[18] Ibid, n. 3.1.

[19] Cf. León XIV, Carta Apostólica Diseñar nuevos mapas de esperanza, 27 de octubre de 2025, n. 4.1.

[20] Ibid.

*Esta es la imagen que se venera en la
Capilla Santa María Reina, del Campus
San Andrés de la UCSC.*





La visita del Cardenal José Tolentino de Mendonça, Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación del Vaticano, dejó una profunda huella en la comunidad de la Universidad Católica de la Santísima Concepción.

A través de la celebración de la Eucaristía, la Clase Inaugural y diversos espacios de encuentro y diálogo, su mensaje invitó a reflexionar sobre el sentido de la educación, la relación entre fe y razón, el valor de la identidad y el desafío de construir una universidad capaz de responder a los cambios culturales de nuestro tiempo.

Estas páginas reúnen algunos de los principales momentos, ideas y reflexiones compartidas durante su paso por la UCSC, como testimonio de una visita que reafirmó el compromiso con una formación integral al servicio de la persona, la sociedad y el bien común.

